17968 XIII

BIBLIOTECA PÚBLICA
ALMERIA

BIBLIOTECA PÚBLICA
ALMERIA

R. 4084

JUAN EL NAUFRAGO.

(HISTORIA VERDADERA.)

POR DON JOSE M. LEON.

BIBLIOTECA PÚBLICA
ALMERIA

J. L.

BIBLIOTECA DE
N.º 950
JUAN A. MARTÍNEZ de CASTRO

1862.

Almeria: Imprenta del *Eco Mercantil.*

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

Soy tan enemigo de los prólogos, que cuando leo alguna novela, siempre voy derecho á buscar el primer capítulo dejando atrás toda clase de prefacios. Estoy firmemente persuadido de que esto mismo harán otros muchos; y por lo tanto de igual modo los suprimo cuando escribo; aunque hoy no me es posible dejar de hacer una salvedad, que acaso haré perder la poca poesía que pudiera encerrar mi relato. Las personas sentimentales parece que encontrarán mas interés en la novela que en la historia; pero en el caso presente prefiero que el hecho que voy á consignar carezca de ese interés, y que la parte novelesca pierda toda su originalidad, antes que dejar de confesar que si bien los hechos pertenecen á la historia, algunos de los personajes principales hace dos años no podian tener ese privilegio, puesto que en aquella época hubiera yo podido firmar como testigo en la fé de vida del protagonista, y que en el periódico titulado «O Comercio do Porto» refirió mi distinguido amigo el célebre cronista Sr. Guerra Leal, la verídica narracion que precede á esta aclaracion tan conocida como inocua.

J. M. L.

BIBLIOTECA PÚBLICA ★ ALMERÍA

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

Soy tan enemigo de los prólogos, que cuando leo alguna novela, siempre voy derecho á buscar el primer capítulo dejando atrás toda clase de prefacios. Estoy firmemente persuadido de que esto mismo harán otros muchos, y por lo tanto de igual modo los suprimo cuando escribo; aunque hoy no me es posible dejar de hacer una salvedad, que acaso hará perder la poca poesía que pudiera encerrar mi relato. Las personas sentimentales parece que encuentran mas interés en la novela que en la historia; pero en el caso presente prefiero que el hecho que voy á consignar carezca de ese interés, y que la parte novelesca pierda toda su originalidad, antes que dejar de confesar que si bien los hechos pertenecen á la historia, algunos de los personajes principales hace dos años no podian tener ese privilegio, puesto que en aquella época hubiera yo podido firmar como testigo en la fé de vida del protagonista, y que en el periódico titulado «O Comercio do Porto» refirió mi distinguido amigo el célebre cronista Sr. Guerra Leal, la verídica narracion que precede á esta aclaracion tan concisa como ingenua.

J. M. L.

BIBLIOTECA PÚBLICA

BIBLIOTECA PÚBLICA
ALMERÍA

BIBLIOTECA PÚBLICA ALMERÍA

JUAN EL NAUFRAGO.

I.

En el litoral de la provincia del Miño, distante cinco leguas al N. de la ciudad de Oporto, existe una villa denominada Puebla de Varzin.

Esta villa era hace veinte años una poblacion de poco mas de 6000 almas, y pobre, porque la mayoría de sus habitantes era compuesta de familias de pescadores.

En 1828, entre aquellas pobres gentes, que para proporcionarse una mezquina subsistencia arriesga su vida á cada paso, confiándola á los peligros de la borrasca sobre un mar, cuasi siempre embravecido, habia

un viejo pescador, á quien todos llamaban el tio Pedro, y que generalmente era respetado de sus compañeros, porque la esperiencia de muchos años en la vida del mar, lo amaestrára en los medios de luchar con los peligros y lo enseñara á conocer en ese suspenso océano que se llama firmamento, los pronósticos del bueno ó del mal tiempo.

La señal que anuncia los preparativos antes de darse á la mar, no se hacia ja más, sin que el tio Pedro, despues de estudiar con su ya cansada vista el libro inmenso que se ostenta magestuoso en los aires, dijera que no habia peligro en levar los bateles.

El pobre viejo ya no podia embarcar, porque los muchos años y contínuos achaques le habian enervado las fuerzas; mas como era, por decirlo así, el patriarca de los pescadores, ellos atendian cuidadosos á sus parcas necesidades, y á las de un nieto, llamado Juan, criatura aun y huérfano de padre y madre.

El inocente, travieso como lo son cuasi todos á su edad, pagaba amor por amor, caricia por caricia; y si alguna vez el anciano mostraba ceñudo el rostro por alguna diablura de su querido Juanito, corria este luego á disipar aquella nube de resentimiento pasagero, con las palabras de hechicera ingenuidad que los niños saben tan bien decir, y que tanto encanto tienen para los abuelos.

Con solo decir, «vamos, una sonrisa para tu hijo», acariciando al mismo tiempo con sus manecitas delicadas el rostro venerando del anciano, arrasaban sus ojos lágrimas del placer mas íntimo.

Era un cuadro de sencilla, pero admirable poesía, ver al viejo sentado al sol, ensortijando los cabellos del nieto, ajitados muellemente por la brisa del mar, y el nieto sobre las rodillas del anciano, oyéndole las historias

y cuentos que el tio Pedro contaba, sin atavíos de frases, mas de modo que deleitaba el oirlo.

Ambos vivian dichosos, ambos disfrutaban estremadamente de esa felicidad que ni gozan ni comprenden los que vejetan entre el turbillon de lo que se llama mundo civilizado.

Pero aquel cuadro de ventura tranquilo y risueño estaba próximo á destruirse.

El tio Pedro echóse una noche con el nieto en el pobre lecho donde uno dormia con el sueño del hombre cuya conciencia está pura y limpia de remordimientos, y otro con el sueño tranquilo de la infancia.

A la mañana siguiente, apenas apuntaba el dia luciendo por las rajas de la puerta, levantóse el niño como acostumbraba, y habiéndose vestido, estrañó que el abuelo no lo siguiese tambien, segun hacia siempre.

—¿No se levanta V., papaito?

El viejo levantando con trabajo la cabeza, le respondió con débil voz y triste acento:

— «No sé lo que tengo, mas me siento sin fuerzas, y la cabeza me pesa como si fuera de plomo.» Y diciendo esto, la dejó caer sobre la almohada.

—¿Está V. malo, papá mio?—dijo casi llorando la inocente criatura.

—Si, me siento malo—respondió el pobre viejo, arrasándosele los ojos en agua al ver el aire compungido del infante, el cual, sin contestarle nada, abrió listo la puerta y corrió á llamar á los vecinos.

La casa del tio Pedro se llenó luego de hombres y mugeres, que con el interés sincero de gente que no sabe ni tiene artes de fingir, procuraban á porfia informarse del estado del decrépito, y eran á cual mas diligente en procurarle los remedios y alimentos que juzgaban mas á propósito.

Juanito, apoyado sobre una estremidad de la almohada, parecia querer leer en el rostro del enfermo los padecimientos que sufria, sin hacer caso del grande bullicio que reinaba en la desmantelada cabaña, pues apenas corrió la noticia del malestar de Pedro, ni un solo pescador hubo que no desease informarse por sí propio del estado del viejo, á quien todos miraban como si fuera su padre comun, y que desde pequeños habian aprendido á querer y respetar.

En los semblantes de todos observábase un profundo sentimiento, al ver que el pobre viejo mal podia contestar á las preguntas que le dirigian.

El viejo pescador tenia su hora cercana.

Sintiendo que la muerte le acosaba de cerca, esperaba con la tranquila resignacion del justo; mas mirando para su nieto, que era la alegria de sus ojos, su único amor en la tierra, se acordaba del abandono en que iba á dejarlo, y este dolor del alma le martirizaba mas aun que los acerbos dolores que sentia la materia.

El inocente huérfano adivinaba por instinto aquel mudo sufrimiento, y cogiendo entre las suyas las manos del anciano, las besaba, regándolas de lágrimas angélicas.

Entre las que surcaban por las hondas arrugas del inconsolable viejo, parecia que se deslizaba envuelto su espíritu abatido.

Los vecinos procurando consolarlo, le administraban al mismo tiempo cuanto creian que él necesitaba.

Al medio dia, conociendo que le restaba poca vida, mandó llamar un sacerdote.

Uno de los circunstantes salió en el momento, y no tardó en volver acompañado de un eclesiástico venerable.

Todos se apartaron para dar lugar al ministro del Se-

ñor, junto del enfermo. Solo quedó el desvalido huérfano, porque ni persona alguna se acordó de retirarlo, ni él soltaba la mano de su abuelo, que aseguraba como si quisiera así prenderlo á la vida.

El sacerdote prestó al moribundo los auxilios de su santo ministerio, y apenas acabara, el anciano tendió la vista por última vez para su nieto, levantó la mano como para bendecirlo, y cerró los ojos para no abrirlos ya mas.

Su alma habia volado al cielo envuelta en el último pensamiento de amor por aquel que fuera su alegría en la tierra, y el consuelo de su vejez!.....

El eclesiástico no pudo contener una lágrima, y dijo con voz conmovida: «¡Era un santo!» Abrió en seguida la puerta á los afligidos vecinos, y mientras estos rezaban de rodillas oraciones entre cortadas por el llanto, él ofreció tomar cuenta del niño desvalido, que anegado en lágrimas llamaba á gritos á su padre, apretándole la mano que en todo este tiempo no soltára, y no habia palabras ni ofertas que lo decidiesen á separarse del cadáver del tio Pedro.

Aquella angustia sincera y tan ingenuamente significada, conmovia y llenaba de tristeza á los de mas duro corazon.

El infelize niño á fuerza de sofocar el llanto para que le dejasen estar junto del muerto, cayó en un síncope, y solo de este modo fué posible conducirlo en brazos á casa del sacerdote, que desde este dia habia de ser su único amparo.

BIBLIOTECA PÚBLICA

II.

BIBLIOTECA PUBLICA ALMERIA

El eclesiástico que se encargára del niño fué en 1834 á servir el curato de una aldea cerca de la Puebla de Varzin. Juan tenia entonces 16 años, y era lo que se llama un arrogante mancebo.

El buen sacerdote lo habia enseñado á leer, escribir, etc., y Juan hacia cuanto podia por volverse digno de la generosa proteccion que aquel le prestara cuando quedó solo y abandonado en la tierra.

A los 18 años era Juan un mozo esbelto y bien parecido, y en los bailes y fiestas populares, el preferido de las muchachas del lugar.

Esta preferencia irritaba no pocas veces á los otros mancebos; mas él hallaba siempre medio de desarmar sus iras con palabras amistosas y propósitos conciliadores, quedando de este modo bien quisto con todos.

Entre las mozas del lugar habia una, llamada Inés, que con sus lindos y brillantes ojos negros, y con todo el garvo y lozanía de sus 17 años, pasaba por la reina de todas las fiestas de la aldea.

Juan é Inés se veian á cada paso, y no faltaba quien dijese que uno y otro procuraban pretestos de pasar no pocas veces por los sitios donde habia provabilidad de encontrarse mútuamente.

En las fiestas y veladas, notábase que Inés se mostraba enfadada y descontenta cuando Juan echaba flores á otra que no fuere ella; y él tampoco encubria su disgusto cuando Inés se mostraba amable con cualquiera otro.

Para las gentes del lugar, Inés y Juan pasaban por amantes.

A pesar de todo, el nieto del finado tio Pedro solicitaba á menudo licencia para ir á ver á sus compañeros los pescadores, á los que acompañaba no pocas veces en la pesca.

Deleitábase con el mar, deleitábase con todo aquello que le recordaba su infancia, y nunca regresaba á la casa de su protector, sin pararse muchas veces en el camino, mirando con ánsia aquel piélago, á traves de cuyas hondas parecia querer sondar su futuro.

Cuando Juan estaba en la Puebla con sus compañeros de la niñez, Inés salia pocas veces de casa, y si alguna vez lo hacia, torcia el camino instintivamente buscando el que iba á dar á la Puebla, parándose con ansiedad cuando divisaba algun pasagero que volvia, hasta cerciorarse de quien era.

Las ausencias de Juan eran cortas, mas con todo, era de notar la tristeza de Inés mientras duraban aquellas.

Los comentarios que sobre esto se hacian, fueron causa en mas de una ocasion de que las megillas de la pobre muchacha se cubriesen del mas subido carmin.

Inés no tenia parientes, pues era inclusera.

Verdad es que el matrimonio que la adoptara, aunque escasos de fortuna, la querian y trataban como á hija; y si en sus vestidos no se veia el lujo, encontrábase el gusto y el aseo.

El padre adoptivo de Inés frisaba en los 60, y aunque hombre rústico, resaltaban en él su buen corazon y sana moral.

Sabedor de las chanzas que le dirigian á su Inés, marchó en breve casa del señor cura, y le contó en lenguaje rudo pero franco cuanto acontecia con los dos jóvenes.

El sacerdote oyó el relato con la mayor benevolencia. Y cuando este hubo concluido, respondió con dulzura:

—Muy bien, ya hablaré con Juan, y si conozco que este matrimonio puede hacer la felicidad de los contrayentes, yo me encargo de arreglarlo todo.

El anciano se despidió, con la sonrisa en los labios y tranquilo por el futuro de su hija adoptiva.

Dos meses despues, Juan é Ines vivian solos en una cómoda casita, que juntamente con un hermoso batel regaló á aquel el digno eclesiástico, como presente de boda.

BIBLIOTECA PÚBLICA ALMERIA

III.

BIBLIOTECA PÚBLICA

Los dias corrian felices y tranquilos para los nuevos esposos. Juan era activo, laborioso y entendido, y los productos de la pesca proporcionaban los recursos suficientes para el sustento de su reducida familia, que pasados once meses vino á aumentarla una hermosa niña que Ines dió á luz llenando de júbilo al mancebo orgulloso de ser padre.

Pero estaba escrito que aquella felicidad habia de ser demasiado transitoria. A los pocos dias de haber bautizado á la hija de su protejido, el honrado sacerdote que tan bien cumpliera la voluntad del tio Pedro, murió, dejando á Juan un recuerdo de lágrimas y dolores íntimos. Además de esta pérdida tan sensible, un fuerte temporal continuado por muchos dias habia privado á los pobres pescadores de la Puebla de ir á buscar en el fondo de las aguas sus únicos recursos de subsistencia.

Era el dia 24 de Febrero de 1838. El sol, que hacia algunas semanas no se habia dejado ver, rompia poco á poco los nuves que en sus violentos choques no querian todavia dejarle paso sino por intérvalos, robándole la fuerza á su foco germinador y brillante.

El viento soplaba aun de la parte del Sur; pero el

deseo que tenian los pescadores de dar fin á aquellas forzadas vacaciones, hizo que les pareciese que amainaba para mudanza favorable, y que el tiempo mejoraba.

El mar bramaba aun muy revuelto; pero no es la furia del mar cosa que imponga mucho á los temerarios pescadores de la Puebla.

—Vamos al mar!—Eran las voces que resonaban en la playa, á las cuales otras muchas respondian como un eco prolongado..... ¡Al mar! Al mar!

En pocos minutos las pequeñas tripulaciones rodeaban sus lanchas varadas en la arena, arrastrándolas hácia el agua.

Juan no fué de los mas tardíos en reunirse á sus remeros; pero su semblante demostraba una tristeza y un abatimiento indefinibles.

Inés, juntamente con las mugeres de los otros pescadores, acudió á la playa para abrazar á su marido y ver partir las barcas. Llevaba en los brazos á su hija, y mirando alternativamente ora para el mar, ora para Juan, parecia que un presentimiento triste la abrumaba.

Llegó el momento de partir. Juan besó á su hija y abrazó á su muger. Si en aquel instante se hubiera operado una escultacion en los pechos de ambos, no se hubiera percibido un solo latido en ninguno de sus corazones. Tan oprimidos los tenian.

—Nuestra Señora del Mar te acompañe en esta partida, dijo Inés con los ojos bañados en lágrimas.

—Adios! contestó Juan con valbuciente voz. El semblante de la niña parecia que participaba de la misma tristeza. El pescador imprimió en él un segundo beso, y partió.

Los botes impulsados por sus robustos remeros, tomaron en breve la vuelta de afuera.

Inés siguió con la vista el que se llevaba su amor, y

cuando aquel se perdió en el horizonte se refugió en su morada.

Un presentimiento triste pesaba sobre su pecho como una losa de plomo.

A la tarde las nuves aparecieron mas densas y oscuras, el viento que de mañana era blando principió á soplar con fuerza, y el mar azotado por él, comenzó á encresparse embravecido.

Entre las familias de los pescadores se difundió en breve la afliccion. Las madres llamando en socorro de sus maridos la ayuda de sus santos abogados lloraban consternadas, y los niños sollozaban viendo llorar á sus madres.

Inés con su hija en el regazo, la abrazaba convulsa cuando oia el rugido del viento.

Queria marchar á la playa, y las fuerzas la abandonaban.

Los gritos de las pobres mugeres que vagaban en el arenal, para ver si descubrian las lanchas, mezclándose al bramido de las hondas y al silvido de los vientos, formaban un concierto de aterradores sonidos, que llegando hasta Inés la llenaban de pavor, colocándola en una situacion angustiosa y embarazada.

A la media noche la tormenta desencadenóse espantosa, semejándose en sus lúgubres quejidos al rugir de la pantera. La lluvia caia á torrentes; los relámpagos como fuegos fátuos, parecian alumbrar el espacio á la destruccion general: el trueno estallando en el firmamento, que se asemejaba al caos, retumbaba como si el mundo saliese de sus ejes, y su eco iba á agonizar á luenga distancia.

En los pinares el viento azotaba y tronchaba los árboles, que al partirse imitaban una terrible lucha de esqueletos, que se batian con encarnizada furia.

Todo andaba revuelto y mezclado, con diferentes voces sujetas á una misma armonía, que helaba el alma de terror.

Pero en el mar es donde se sucedian las escenas mas horrísonas.

Los pescadores, perdida ya toda esperanza de salvacion, miraban al fulgor de los meteoros la muerte terrible y amedrentadora en cada montaña de agua que los envolvia, amenazando sumergirlos en el abismo!...

Jesus! Misericordia! Eran las únicas voces repasadas de terror y afliccion que exhalaban en medio de aquella inmensa y tremenda lucha de los elementos.

En pocas horas las lanchas fueron impelidas por el temporal en diferentes direcciones, arribando á Viana, Villa de Conde y Sessa de Palmeira.

Pero la lancha en que iba Juan no pudo arribar: cojida de costado por un remolino de viento se hundió, y de toda su tripulacion solamente aparecieron despues el timonel y un muchacho que agarrados á las boyas fueron á parar á las playas de Matosiños, diciendo que los demás habian perecido.

La terrible nueva llegó luego á la Puebla, y al saberla fué tal el dolor y desesperacion de Inés, que por espacio de muchos dias estuvo luchando entre la vida y la muerte.

Pero la robustez de su constitucion y sus 18 años, triunfaron de la fiebre violenta que le acometiera, y un mes despues del fatal acontecimiento estaba ya convaleciente.

Para cúmulo de infortunio, la niña á quien una muger caritativa se encargó de amamantar durante la enfermedad de la madre, adoleció de sarampion y murió.

La pobre Inés, á quien solo dieron esta noticia funesta cuando la conceptuaron libre de peligro, la recibió resignada.

Tenia el corazon tan abatido por el dolor, que cuasi no encontraba lágrimas para llorar esta nueva desgracia.

Solamente le faltó el ánimo para seguir viviendo en los sitios que fueran testigos de su felicidad, y resolvió partir para la ciudad de Oporto, en busca de una casa donde fuera admitida como ama de cria.

Y así lo verificó.

BIBLIOTECA PÚBLICA MERIA

IV.

Inés que era una jóven honesta y de buen parecer, tan luego como llegó á Oporto encontró una buena casa donde entrar de ama de cria de una niña, á lo cual no tardó en tomar tanto cariño como si hubiera sido hija propia, llenando por decirlo así el vacío que aquella le dejara. El esmero y desvelo que por ella demostraba le atrajeron en breve las simpatias de los dueños de la casa, tanto que á pesar de haber concluido el tiempo de la lactancia, no le permitieron salir de aquella, quedándose como ama de gobierno, siendo estimada de todos, y formando como quien dice parte de la familia.

Así trascurrieron siete años.

En la misma casa habia un mayordomo, hombre bien parecido, como de treinta y cinco años, dotado de buenas cualidades, merced á las cuales era bien quisto de sus amos y estimado de los criados.

José, que asi se llamaba este, fué adquiriendo en la convivencia con Inés, la conviccion de que era muy apropósito para hacer la felicidad doméstica de un marido.

José tenia su peculio, fruto de sus economias, y como Inés se hallaba en el mismo caso, calculó aquel que reunida la pequeña fortuna de entrambos podrian estable-

cerse, asegurando una regular independencia.

Fijo en su idea, principió á tratar á Inés mas afectuosamente, hasta que un dia le hizo conocer sus deseos é intenciones.

Inés estaba decidida á no casar segunda vez, mas reflexionando que se hallaba sola en el mundo y que debia pensar en su futuro, y reconociendo en José las cualidades de un buen marido, resolvió por último darle la mano de esposa.

V.

A fines de Abril de 1838 entraba en el puerto de Callao de Lima (América meridional), que en 1535 fundó el intrépido Pizarro, una galera francesa procedente del Havre de Grace.

A bordo de este buque iba un jóven marino portugués, que el capitan decia ser un náufrago que habia recogido en la costa del N. de Portugal, y que en la travesía le habia prestado algunos servicios, distinguiéndose por su arrojo y serenidad entre toda la tripulacion.

Este portugués era Juan, el pescador de la Puebla de Varzin, patron de la lancha naufragada en la noche del 24 de Febrero.

Juan, en el momento en que se hundió su batel, conceptuándose arrojado en brazos de la muerte, solo pudo balbucear la palabra ¡Jesus!...

Pero el instinto de la conservacion luchaba aun contra el peligro, y como era buen nadador consiguió agarrarse á una de las boyas, y con su auxilio conservarse hasta el amanecer, huyendo mas bien que acercarse á la costa, pues temia que la fuerza del oleaje lo estrellase contra las rocas, que á la altura en que se hallaba eran inaccesibles.

Cuando el crepúsculo empezó á disipar las sombras, el tiempo habia ablandado algun tanto.

Una galera acosada por la tempestad, pasó á poca distancia de donde Juan se hallaba aterido y estenuado de fuerzas.

Viendo la nave, la esperanza reanimó su aliento, é hizo señal de pedir socorro.

Desde el buque vieron el náufrago; el capitan con una rápida maniobra viró en redondo, y cuando estuvieron cerca le tiraron un cabo, con el cual lo guindaron para bordo.

Apenas pisara el buque salvador, Juan, cuyas fuerzas se hallaban agotadas, cayó desfallecido en la toldilla.

En este estado, ni pudo hablar por el pronto, ni tampoco habia á bordo quien lo pudiese entender. La galera corria grande peligro aproximándose á la costa; de modo que el capitan dispuso que se prestasen al náufrago cuantos socorros reclamaba su estado, y siguió su rumbo llevándose al jóven marino, cuya compañía no le estorbaba, antes bien podia utilizar sus servicios.

La galera hacia su travesía del Havre hácia el Perú.

De este modo el pobre pescador fué á parar á la América meridional.

El naufragio de su lancha y los muchos peligros que corrió el buque en su largo viaje, disgustaron de tal modo á Juan, que le hicieron cobrar horror á la vida del mar, y como debia al escelente hombre que lo adoptára á la muerte del tio Pedro el saber leer y escribir, resolvió buscar colocacion en una casa de comercio.

Y no fué vano su intento, pues las cosas le salieron á medida de su deseo.

El interés que inspiraba con la narracion que hacia de su horroroso naufragio y el milagro de su salvacion

le facilitaron los medios de un buen acomodo.

Residia en Callao de Lima un negociante portugués, hijo del Algarbe, que establecido en la capital del Perú hacia muchos años comerciaba al por mayor con la América del Norte.

Este negociante, que se llamaba Tomás, habiendo tenido en sus principios un socio peruviano, casó con una hermana de este, y adoptó su apellido Perez. Como portugués, fué uno de los que mas se interesaron por su compatriota, admitiéndolo en su casa en calidad de cajero.

Tomás Perez era por este tiempo viudo ya; y reasumia toda su ventura doméstica en María, su hija única, que á la sazon contaba apenas diez y seis años.

Juan cuando entró casa de Tomás Perez, no dijo que era casado en su patria, primero porque nadie se lo preguntara, y mas tarde porque un sentimiento secreto cerraba sus labios á la revelacion, cuando en algunas ocasiones, hablando de sus primeros años, iba á escapársele aquella.

Pero en el corazon de Juan se agitaba una lucha constante que frecuentemente lo ponia triste y pensativo.

Los recuerdos de Inés y de su hija lo asaltaban á cada paso, despertándole sentimientos que le producian un cierto aire de remordimiento.

Juan era activo é inteligente, y fueron tantos sus adelantos, que al fin de tres años Tomás Perez lo elevó de la condicion de cajero á la de socio, entregándole la direccion de la casa.

Como ya hemos dicho, Tomás Perez tenia una hija única.

María, de constitucion delicada y de impresionable imaginacion, era una jóven de cabellos y ojos negros, de aire ingénuo, respirando toda la poesía del sentimiento,

y reuniendo toda la gracia y garbo de una española, á un no sé qué de sentimiental y dulce que la hacian por decirlo así una creacion de fantasía para hechizar á cuantos tenian la dicha de verla.

Su lenguaje era tan henchido de una armonía seductora, que embriagaba á quien la oia.

Juan que vivia en familia con Tomás Perez, no pudo ser indiferente á los encantos de María.

Veiala, tratábala familiarmente, y en su corazon crecia de dia en dia un amor que le causaba remordimientos, que no quisiera nutrir, mas que era mas fuerte que cuantos esfuerzos hacia para combatirlo, armándose con los recuerdos de sus primeros amores, de su Inés!

Pero estos recuerdos solo servian para avivarle los remordimientos por abrigar en su corazon otro amor, y por no haber dado cuenta de sí á aquella que tan lejos lo lloraba muerto.

Era esta una lucha interior que lo tenia constantemente inquieto y desasosegado.

Habíase apoderado en Juan una completa metamórfosis. Dotado de inteligencia y de talento natural, y favorecido por la naturaleza con una fisonomía agradable y elegantes formas, imposible seria á quienes lo hubieran visto pescador en la Punta, reconocerlo en el hombre de buen trato y maneras distinguidas que lo caracterizaban á los tres años de su permanencia en el Perú.

María, que principiara por mirarlo con el interés que le inspiraba la historia de su naufragio y el milagro de su salvacion, fué cambiando en la convivencia y como quien dice sin sentirlo ese interés por un sentimiento mas tierno y mas profundo.

Esta es una de las cualidades mas nobles de la muger. El infortunio es para ellas mayor elevacion en el hombre que el brillo de la grandeza y de la felicidad.

BIBLIOTECA DE
N.°
JUAN A. MARTINEZ de CASTRO

En el corazon de la muger, el amor principia por la conmocion.

Cuando María y Juan se hallaban solos, notábase en ambos un cierto aire embarazado, y como que huian de que sus miradas se encontraran.

Sin que se confesaran el secreto de su corazon uno y otro lo adivinaron, y desde entonces ambos deseaban y recelaban encontrarse. Cuando se encontraban, mostrábanse mas reservados que en los primeros tiempos de su convivencia.

Tomás Perez poseia una casa de campo que heredára de su muger, situada como á dos leguas del mar, á la falda de una pintoresca colina y en la orilla del pequeño rio Binaca.

Todos los domingos iba allí Tomás Perez á pasar el dia con su familia.

El viejo comerciante habia ya observado que Juan y María no se mirabau con ojos indiferentes, y lejos de alarmarse con este descubrimiento, mostró que no le desagradaba, pues amando á su hija con ternura, solo queria verla feliz; y Juan habia ganado de tal suerte su confianza con su comportamiento, inteligencia y apego al trabajo, que el buen padre llegó á comprender que María tendria en él, un esposo digno de ella.

. . . . . .

La Iglesia cristiana celebraba uno de sus mas fastuosos aniversarios, el del Nacimiento de María, de la madre de todos los fieles, de la elegida, de la que mereció llevar en su divino seno sin el mas leve átomo de impureza al Hombre-Dios, al que espiró en el Gólgota. El dia estaba puro, sereno, encantador, poético en fin; y este dia de tan bellos recuerdos, estaba escrito que sería consignado con un hecho inolvidable para aquella honrada familia.

Hallábanse reunidos en la mencionada casa de campo. María saltando enajenada de gozo iba de flor en flor como la mariposa que absorve su jugo bajo la benigna influencia de un sol templado por el fresco ambiente primaveral.

Divisando un ramo de doradas bananas, intentó cogerlo; pero como la altura se lo impedia, buscó con la vista algun objeto con que poderlas alcanzar, y no hallando otro mas á propósito fué á coger el remo de una pequeña canoa atracada á la orilla del rio; pero variando de intento repentinamente, desató la amarra, y saltando en ella con ligereza se puso á vogar. Tomás que la creyó en peligro le gritó para que no continuara en su faena, ella se volvió con velocidad, y al inclinar el cuerpo dando al remo un impulso contrario, cayó en el agua como por castigo á su irreflexion.

Juan que habia corrido hácia ella, vestido como estaba se arrojó al rio, y como escelente nadador que era, en pocos momentos entregó á la jóven sana y salva en los brazos de su padre.

Al susto, al terror, sucedió la alegria!...María pagó á Juan su abnegacion con una mirada tan tierna, que lo hizo estremecer de júbilo, y Tomás Perez, apretándole la mano, dijo con efusion:

Volvámonos á casa, hijos mios.

VI.

Dos ó tres dias despues del accidente del rio Rinaca, y al fin de la comida, Tomás Perez levantóse de la mesa y pidió á su socio que le acompañase á su gabinete. Juan se levantó echando á María una mirada de dulce melancolía, y siguió á Tomás con la cabeza inclinada y en estremo preocupado.

La conciencia, ese juez inexorable, era para Juan un acusador terrible que constantemente le recordaba la mala accion que practicára, faltando á los juramentos que hiciera á Ines al pié de los altares, y dejándola por tanto tiempo en la conviccion que no podia por menos de tener, de que él habia hallado su sepulcro en el fondo de las aguas.

Estos pensamientos lo aterraban, lo hacian criminal á sus propios ojos; pero la voz insinuante, la mágica mirada de María le quitaban las fuerzas para seguir la senda que su conciencia le dictaba. Yo estoy rico, decia consigo mismo, mientras ella tal vez pide limosna de puerta en puerta para llevarle pan á nuestra hija.... Oh! esto es horrible!

En esta disposicion de ánimo y agitado por esta lu-

cha íntima de opuestos sentimientos, siguió Juan al padre de María á su gabinete.

Llegados á él, Tomás Perez haciendo sentar á su socio cerca de sí, le dijo con tono de afectuosa gravedad:

—Querido amigo: hace cuatro años que os admití en mi casa, y desde esa época sabeis que os he tratado como de mi familia. Lejos de arrepentirme por ello, solo tengo motivos para congratularme con vuestra amistad y vuestro apoyo, pues el progresivo estado de prosperidad que en ese tiempo han tomado mis negocios comerciales es incalculable.

Somos hijos de la misma patria, hablamos la misma lengua, y tan lejos de nuestro querido Portugal, veo esta circunstancia cuasi como un vínculo de sangre, que yo deseo estrechar.

Tengo una hija única, que es el tesoro de mi mas íntimos afectos.

Cuando con mi María en mis brazos lloraba yo sobre el luto de la viuda, hice juramento ante Dios, de que para aquella que tan temprano quedó privada de las caricias maternales, concentraría en mi solo el amor de padre y de madre, y haría cuanto estuviera á mis alcances para lograr su felicidad.

María ha pagado con amor filial mis cariñosos desvelos.

A pesar de vuestro digno comportamiento, propio de un hombre digno de honor, parécemе haber adivinado que mi hija os mira con ojos de mas interés que los de una sencilla amistad. Conocedor de los sentimientos de María, considero que ningun obstáculo tendrá en daros la mano de esposa. El accidente de Rinaca dió márgen á que fuese para mí una certeza lo que antes no pasaba de una mera suposicion. Ahora bien, os ofrezco la mano de

mi hija, seguro de que esta union hará la felicidad de todos nosotros.

Atendiendo á mi edad y mis achaques, el deber me dicta dar á María un protector legítimo, para que cuando me llame Dios á su presencia pueda ir descansado sobre el futuro de ella.

Confiaros la felicidad y el futuro de mi hija es la mayor prueba de amistad que está en mi mano concederos.

No os exijo una respuesta precipitada. Os doy todo el dia de mañana para pensarlo, y mañana á la noche me dareis vuestra contestacion.

Juan escuchó en silencio, y cuando su protector acabó de hablar, le apretó con efusion la mano, y salió.

Tomás Perez viéndole retirarse sin decirle nada, esclamó: «¡Dios mio! ¿Me habré engañado? Oh! mañana lo sabré.»

Juan salió del gabinete de su socio aun mas pensativo que habia entrado, y al observador atento no podia escapársele la lucha de contrarios sentimientos que en aquel pecho se agitaba.

Llegada la noche, Juan recogido en su aposento empezó á pensar seriamente en su situacion, y en el partido que debia tomar.

La conciencia y el deber le aconsejaban una cosa, pero el corazon y la ambicion le impelian á despreciar el consejo.

La idea de que María podia pertenecer á otro hombre, el pensamiento de que un casamiento con otro podria mas tarde desmembrar sus grandes recursos comerciales por medio de una liquidacion, lo aterraban de tal suerte, que sofocando los gritos de la conciencia, se resolvió á aceptar la oferta de Tomás Perez.

Pasó en vela toda la noche. La imaginacion en su continua lucha no le permitió conciliar el sueño.

Por la mañana, marcábansele en el rostro la palidez y la vaga mirada del insomnio; pero firme en la resolucion tomada, fué á buscar á su socio y le declaró que aceptaba gustoso y reconocido la mano de su hija.

Tomás Perez lo escuchó lleno de gozo, y mandando llamar á Maria, la informó de lo que habia hecho, contando con su anuencia.

Maria miró á su padre con una sonrisa angelical, y embellecida por el casto rubor que llamára el cármin á sus megillas, estendió á Juan la mano que él besó con efusion.

Tratóse en seguida de los preparativos de la boda. Tomás Perez era uno de los capitalistas mas considerados de Lima, y merced á su influencia se removieron cuantos obstáculos podia ofrecer la falta de documentos por parte de Juan.

El dia prefijado para el casamiento amaneció radiante y bello. Juan apareciendo vestido de gala en la ocasion de salir para el templo, temblaba como el criminal que por primera vez comete una mala accion.

Los que lo contemplaban de esta suerte, lo achacaban todo á la conmocion que le producia la idea de una gran felicidad.

Maria realzaba las galas nupciales con el aire embarazado y el honesto rubor que la situacion justificaba.

Tomás Perez daba alas á la espansion de placer que le causaba la realizacion de un acontecimiento en el cual miraba la ventura de su hija.

El vínculo indisoluble fué estrechado ante los altares por el Ministro de Dios.

Juan, despues de su casamiento tomó el nombre de Juan de Silva Perez, que pasó á ser el de la firma comercial de la casa, que su suegro le entregó del todo.

Juan, aunque siempre melancólico, era estremadamen-

te cariñoso para su muger, que á su vez lo amaba tiernamente, empleando cuantos medios ingeniosos sugiere el amor, para desanublarle el rostro cuando lo veia pensativo y triste como estaba siempre que los recuerdos del pasado le despertaban el pensamiento.

A pesar de esto, ambos esposos ofrecian á los ojos del mundo un cuadro de amor y ventura doméstica.

Así corrieron diez y siete meses, al fin de los cuales fué este cuadro sombreado por el velo de una grande afliccion.

Tomás sintió agravársele una antigua enfermedad, y cayó postrado. María y Juan no se apartaban del lecho del enfermo, y no hubo remedio á que no se recurriese para salvarlo, pero todo fué inútil....

Tomás Perez murió en los brazos de María y Juan, que recibieron su bendicion como última prueba de afecto paternal.

La muerte de su padre llenó tanto el corazon de María, que á pesar de todo el cariño con que su esposo la trataba, su delicada constitucion fué atacada de tal suerte, que los médicos convinieron unánimes en que para salvarle la vida no habia otro remedio que tomar los aires del Medio-dia de la Europa, debiendo contribuir mucho á su curacion las continuas distracciones de los viajes.

Juan amaba á María, y deseaba á toda costa su restablecimiento. Entregó la direccion de su casa á un guarda-libros de confianza, y partió con su muger para New-York, para desde allí continuar su viaje hácia Europa.

BIBLIOTECA PÚBLICA ALMERIA

VII.

Juan de Silva y su esposa llegaron á New-Yok, donde su corresponsal le tenia dispuesto cómodo alojamiento.

Las incomodidades del viaje agravaron el estado delicado de María, por cuyo motivo tuvieron que demorar su estancia, retardando cosa de un mes su partida para Europa.

Pasado este tiempo tomaron pasage en un vapor inglés, continuando su viaje para Southampton, donde llegaron sin accidente notable.

De Southampton partieron en seguida para Lóndres.

En esta gran ciudad resolvió Juan de Silva permanecer el tiempo preciso para ver con su muger las maravillas que allí se ostentan magestuosas á la vista de los estrangeros que las admiran.

Las cartas y recomendaciones de que iba provisto lo dieron á conocer en los altos círculos comerciales de la capital de la Gran Bretaña como uno de los mas ricos negociantes del Perú, merced á lo cual nunca le faltaban convites obsequiosos.

Juan y María concurrian á las sociedades, á los teatros, y así disfrutaban en la primer ciudad del mundo la vida de comodidades y placeres que la civilizacion ha creado para los mimados de la fortuna.

Estas distracciones, la novedad en todo y por todo que la rodeaba produjerou una mudanza favorable en María, y la sonrisa le hermoseaba de vez en cuando el rostro, del cual iban desapareciendo poco á poco los reflejos de un dolor intimo, que habia marchitado sus colores.

Juan de Silva no podia apartar su pensamiento del pasado...

En medio de tantos motivos de distraccion, el recuerdo de Inés y de su hija le avivaban el remordimiento, anublándole el semblante!....

Su idea fija era la de buscar á Inés, y proporcionarle medios para vivir sin privaciones.

Hallándose un dia en el escritorio de su banquero, supo que se hallaba anclado en el Támesis un buque de Viana con cargamento de cereales.

Ocurrióle luego la idea de que entre su tripulacion podia haber por casualidad algun marinero de la Puebla.

En este supuesto manifestó deseos de ir á visitar dicha embarcacion, sin denunciar sin embargo en su empeño los motivos que lo impulsaban á ello.

Uno de los cajeros de la casa acompañó á Juan de Silva á bordo del buque portugués.

Una vez entrado en él, y cansado de hacerse solamente entender chapurrando el mal francés qne habia aprendido en el Perú de un maestro poco habilitado para el caso, sintió un placer íntimo al oir hablar su lengua natal.

Conversó con los marineros, y conversando pudo descubrir que tres de ellos eran naturales de la Puebla.

Dióles algun dinero, y manifestando una simple curiosidad, fué llevando la conversacion hasta el punto que deseaba, á saber, el naufragio de la lancha en la no-

che del 24 de Febrero, el cual decia haber oido contar hacia años.

Uno de los marineros, el mayor de los tres, le contó cuantos pormenores deseaba saber, y que el lector sabe tambien si recuerda los hechos ya narrados.

Juan de Silva salió del buque con el semblante triste y el corazon oprimido. Si por un lado lo consolaba la certeza de que Inés no vivia en la miseria, por otro la pérdida de su hija y la idea de que aquella pertenecia á otro hombre, lo llenaban de afliccion.

—El culpado de todo soy yo! se decia á sí mismo.

—Ella se casó porque se creyó viuda y porque estaba desamparada..... ¡Soy un monstruo!

Lo que el marino le dijo acerca de la pena de Inés cuando supo el naufragio de la lancha y lo juzgó muerto, lo conmovió profundamente, avivándole los recuerdos de su primer amor.

En el mismo dia hallo Juan medio de remitir á Inés una suma considerable, que le debia ser entregada sin que ella supiese quien le mandaba aquel dinero. El encargo fue hecho por un comerciante de Lóndres á un corresponsal suyo en Oporto, el cual supo cumplir estrictamente las instrucciones que recibiera.

Al fin de tres meses de permanencia en Lóndres, Juan de Silva partió con su muger para Paris, y deteniéndose allí algun tiempo, siguió despues hasta Marsella, donde embarcó para Civita Vechia. De Civita Vechia fué á Roma.

En la ciudad Eterna, visitó los grandes monumentos que atestiguan al mundo su grandeza de otros siglos; y saliendo de allí viajó por la Toscana, por ese jardin de la península italiana. Despues de algunos meses de demora en Florencia, nuestros viajeros fueron á embarcarse en Leorne con destino para Lisboa, donde llegaron en

Octubre de 1857.

Los viajes y el aire de Italia habian sentado muy bien á Maria. Aquel abatimiento que en Galdo de Lima hizo que se recelara por su vida, habia desaparecido; mas con todo, su delicada constitucion hacia desconfiar mucho á los medios de su completo restablecimiento.

Juan de Silva alimentaba una idea fija, cuando se decidió á visitar el Portugal. Esta idea era la de ver una vez siquiera á Inés.—Era su continua pesadilla, y como él no veia obstáculo que le impidiera realizar su deseo, no tardó en emprender su viaje.

En la ocasion en que Juan y María llegaron á Lisboa, la muerte estendia furiosa su guadaña sobre aquella capital.....

La fiebre amarilla, devastadora y mortífera, no respetaba edades ni clases, y hacia víctimas á millares.

Los habitantes aterrados abandonaban sus lares, huyendo en tropel del peligro comun.

Los amigos se miraban consternados, y se separaban llenos de pena recelando que al despedirse sería por la vez última.

Los lutos de la viudez y de la orfandad se aumentaban cada dia, y por todos y en todas partes la negrura de los trajes reflejaba los lutos del corazon.

Por las calles en vez del movimiento animado de la vida bullicioso y alegre, los carros fúnebres cruzándose en todas direcciones, derramaban por doquier un aire mefítico y el horror de la muerte.

El susto y el terror se apoderaron de ambos esposos, y trataron al momento de huir del peligro.

Mas no hay que huir al destino cuando en el libro en que solo Dios lee está marcado.

No era cosa fácil en aquella época de fatal recuerdo encontrar medios de trasporte para salir de Lisboa.

Mientras Juan procurabe vencer á peso de oro las dificultades que se les anteponian, María, á quien el miedo tenia continuamente aterrada, cayó en cama con una fiebre violenta.

En pocas horas los síntomas graves aparecieron....

Juan de Silva, en la mayor desesperacion, prometia á los médicos sumas enormes si le salvaban su esposa...

Pero el milagro solo Dios lo podia hacer, y no lo hizo porque no estaba en sus designios....

María dió su alma á Dios al fin de veinte y cuatro horas de un horrible padecimiento....

Para separar á Juan del cadaver de su esposa que él estrechaba y besaba cubriéndolo de lágrimas que destilaba en manantial, fué preciso emplear la fuerza.....

Pasados nueve dias, Juan de Silva, despues de ir á orar y á llorar sobre la tumba de María que ostentaba un suntuoso mausoleo, tomó la posta para Coimbra.

Demoróse algunos dias en la Lusa Atenas, durante los cuales no dejaba un solo de ir á la *Fuente de las Lágrimas*, porque le era grato su hombre, tan en armonia con el estado de su alma.

Dejémosle emprender su marcha para Oporto, é ir á hospedarse en la mejor fonda de aquella rica y hermosa poblacion, en tanto que nosotros cortando por un momento el hilo de nuestra narracion, hacemos una sucinta resena á nuestros lectores de la histórica fuente de las Lágrimas, en cuyas corrientes puras y cristalinas acaso haya ido envuelta una gota desprendida de nuestros ojos espontáneamente al traer á la memoria los dolorosos recuerdos que dan nombre á aquel manantial, aumentado un dia por otro de sangre noble é inocente. En este sitio tan poético como triste, no puede menos el estranjero que lo visita de sentir oprimido su pecho, mucho mas cuando se halla ausente de su patria, obligado por razones mas

fuertes que su voluntad y su deseo. Al par que se recrea la vista, el alma languidece, y los ojos se humedecen involuntariamente. Allí se llora sin querer.

BIBLIOTECA PÚBLICA ALMERIA

VIII.

BIBLIOTECA PÚBLICA ALMERIA

Coimbra es la tercera poblacion del reino de Portugal. Famosa por su decantada Universidad, que es sin disputa una de las primeras de Europa, tiene el privilegio de poseer una posicion topográfica admirable, y de ser riquísima en cuanto á recuerdos históricos. El caudaloso Mondego puede decirse que le sirve de foso por la parte de Levante, puesto que pasa lamiendo sus murallas, á la vez que fertilizaba su deliciosa vega, que bien puede llamarse vergel. Un dilatado puente, obra maestra del arte, abre camino de la ciudad para Lisboa, y á orillas de este puente se elevan las ruinas del convento de Santa Clara, cuyas monjas fueron trasladadas hará como dos siglos á otro convento del mismo nombre, gigante monumento arquitectónico que se alza sobre un elevado montecillo, y que se ostenta como perenne centinela de la ciudad, orgulloso de poseer en su recinto el magnífico mausoleo que guarda los sagrados restos de la Reina Santa Isabel. En el primitivo convento se hallaba custodiada por sus reclusas vírgenes la célebre doña Inés de Castro, desposada en secreto con el príncipe D. Pedro de Portugal, que mas tarde fué apellidado el cruel, y que á la sazon era un príncipe magnánimo, entregado solo al amor de

su esposa y al cariño de sus dos hijos.

Vivia D. Pedro en una deliciosa quinta cerca del referido convento, vigilado constantemente por su ayo y por dos ministros de su padre llamados Pacheco y Coello, á quienes habia colocado el Rey á su lado con objeto de impedir sus clandestinos amores, pues reservaba su mano para una infanta de Castilla con quien tenia concertado su casamiento. Empero como el amor suele encontrar medios estremos que sin esa pasion no se hallarian, concertó D. Pedro con su amada el modo ingenioso de comunicarse sin que de ello se apercibieran sus vigilantes cancerberos.

En la susodicha quinta, que hoy dia se conserva en el mismo estado que en aquella época, habia un manantial cuyas cristalinas aguas corrian por un cauce subterráneo y pasando por el antiguo convento de Santa Clara, iban á confundirse con las del Mondego.

Un barquito de corcho y una cuerda eran los conductores de la amorosa correspondencia entre D. Pedro y doña Inés. Por las tardes salian de paseo el príncipe y sus guardianes, los cuales se quedaban á una distancia respetuosa, dejando á su señor que marchara á sentarse en una piedra cerca de la fuente, que era su costumbre cuotidiana. De manera que á la vista de sus celadores, y sin que estos se apercibieran, tiraba de la cuerda y atrayendo el barquillo cogia las cartas de doña Inés, y depositaba las suyas en el mismo sitio, que iban impelidas por la corriente á parar á manos de la augusta prisionera.

Así continuaron algun tiempo, hasta que un incidente casual vino á descubrirlos. Por un descuido dejó el príncipe una carta en que su esposa le decia que á la noche siguiente saldria del convento y tendrian una entrevista en la misma fuente donde D. Pedro tenia la costumbre de sentarse. Leida esta carta por los traidores

Pacheco y Coello, concibieron el plan mas alevoso que imaginarse puede, y no solo lo concibieron, sino que lo pusieron en práctica. Un narcótico suministrado al príncipe le tuvo privado de los sentidos por algunas horas. La infeliz doña Inés acudió á la cita, y cuando pensaba caer en brazos de su esposo, se encontró con los puñales de los asesinos Pacheco y Coello, que no vacilaron en clavarlos en el pecho de la muger mas hermosa de su época, deshonrando así sus blasones, y teniendo que escapar á las iras de D. Pedro y aun del rey que de ningun modo pudo aprobar atentado tan horroroso.

Muerto D. Alfonso á poco tiempo y llamado D. Pedro á ocupar el sólio, no permitió tomar el título de Rey hasta tanto que exhumando el cadáver de su esposa la mandó colocar en el trono, ordenando á sus vasallos que la aclamaran por soberana, llenando todas las formalidades de ceremonia cual si estuviera viva, en el acto de su coronacion.

La pérdida de doña Inés causó tal sentimiento en don Pedro, que cambiando su carácter dulce en déspotico y tirano, hizo que le apellidaran el cruel, encontrando solamente treguas á su furor, cuando se hallaba solo en el sitio donde se cometió el asesinato. Allí permanecia horas enteras, exhalando suspiros de dolor. Hé aquí el motivo de llamarse desde aquella época la susodicha fuente, «La fuente de las Lágrimas.»

IX.

BIBLIOTECA PÚBLICA ALMERIA

Al dia siguiente de su llegada á Oporto, Juan de Silva procuró saber donde vivia Inés, para lo cual recurrió al agente que debia entregarla el dinero que él le habia remitido desde Lóndres.

Informado de lo que deseaba saber hizo propósito de verla sin darse á conocer, lo cual no era cosa difícil, porque el clima de la América meridional, el trascurso de veinte años, y la completa metamórfosis que se veia en la figura, en el trage, en las maneras y hasta en su modo de hablar, no permitian que Inés pudiese adivinar en el hombre tostado por el sol del Perú, y vestido con elegancia y riqueza, al pobre pescador á quien ella conociera casi imberbe, y tan diferente de lo que era el opulento Juan de Silva el peruviano.

El trage que habia adquirido en el mucho tiempo de convivencia entre españoles, era una razon mas para que nadie conociese en él al mancebo de veinte años atrás.

Como ya dijimos, Inés y José, su segundo marido, vivian en una de las calles de la ciudad alta, donde tenian una lonja y un estanco, cuyos establecimientos habian recibido gran incremento desde que aquella habia sido

visitada por un estrangero, meses antes de que Juan llegara á Oporto, recibiendo una enorme suma que aquel desconocido le entregó diciéndole que era de parte de una persona que tenia obligacion de protejerla, pero que nada sabia ni podia decir mas.

Inés era inclusera, y tanto ella como su marido pensaron que el dinero provenia de alguno de los á quienes debia el ser, y que habiéndola tenido por tanto tiempo en el olvido, querian por último reparar esta falta, sin revelarle sin embargo el secreto de su nacimiento.

Inés tenia de su segundo matrimonio dos hijos, una niña de mas de once años, y un niño que no llegaba á los diez.

De la existencia de estos dos hijos, no sabia Juan de Silva.

Un dia, á mediados de Noviembre, poco despues de las once de la mañana, entró en la tienda de Inés un caballero, y pidió cigarros puros con la voz un tanto temblorosa.

Inés, que estaba sola en el estanco, le presentó un cajon de habanos.

Juan de Silva, pues era él el hombre que se hallaba en el estanco, comenzó á remover los cigarros con mano trémula y maquinalmente, pues la presencia de aquella que no habia visto en veinte años, y para la cual era tan culpado, lo llegó á poner en un estado de agitacion tal, que no le permitia conservarse dueño de sí mismo.

Queria mirarla cara á cara, y le faltaba el valor para arrostrar sus miradas.

Inés, viendo que continuaba revolviendo los cigarros sin escoger ninguno, le preguntó con la amabilidad que le era peculiar.

—No quereis de estos, caballero? Y viendo que no contestaba abrió otra caja y se la presentó.

Juan aprovechó el momento en que Inés abria la caja para contemplarla.

La conmocion fué tal, que las piernas le flaquearon, y estuvo á punto de caer en tierra si no se hubiera apoyado en el mostrador.

Inés tenia entonces treinta y siete años, mas aun era hermosa. A su rostro agraciado se añadia un aire de candor y bondad que realzaba su belleza.

Juan de Silva sintió renacer en su corazon el amor de sus primeros años, pero reflexionando que podia venderse, llegando á envenenar la felicidad doméstica de ella si lo reconocia, revistióse de ánimo, y cogiendo un puñado de cigarros los contó, y le dió una moneda para cobrarse. En tanto esperaba la vuelta, vió entrar en la tienda dos hermosos niños saltando y riendo, á los que Inés abrió al instante el mostrador, y que besaba con efusion, cuando casi en coro le dijeron:

—La mano, mamá.

Juan de Silva quedó como petrificado.

—¿Son hijos vuestros, señora?

—Sí, señor: ahora vienen de sus respectivas enseñanzas. Y acariciándolos con ternura, continuó. Por cierto que tengo de redomendar á sus maestros que en vez de premios les dén unas cuantas palmetas para que no sean tan traviesos.

Las criaturas se sonrieron, y guiñando el ojo á Juan, como para espresarlo que no creyera á su madre, se entraron corriendo hácia el interior de la casa.

—Preciosos niños, dijo Juan.

—Favor que les haceis, contestó ella con orgullo, entregándole el resto del dinero.

Juan de Silva conoció que no podia prolongar la conversacion, y despidiéndose de Inés salió del estanco en un estado difícil de describir.

La vista de Inés le habia despertado recuerdos del tiempo en que vivia con ella pobre, pero feliz y sin remordimientos, y decia consigo mismo:

—Oh! con qué placer trocaria yo mi fortuna de hoy por mi escasez de aquel tiempo, en que Inés venia á abrazarme á la playa cuando acompañado de mis remeros partia para la pesca, y que con otro abrazo me recibia cuando de vuelta mi bote se acercaba á la playa, y yo saltaba lleno de júbilo desde la proa á la arena!....

—Soy rico, inmensamente rico. Mas de qué me sirve el dinero si me hallo solo en el mundo?

Entregado á sus meditaciones y mas triste de lo que habia salido, volvió Juan á la fonda en que vivia, y donde se conceptuaba solo en medio de una inmensa cuanto animada poblacion de cerca de doscientas mil almas, pero entre las que solo habia una persona amiga, de la cual se veia alejado para siempre por una culpa grave y atormentadora continua de su conciencia.

Cuando lo vieron entrar en su habitacion le dispusieron la comida, y él se sentó á la mesa maquinalmente sin saber lo que hacia. Cruzado de brazos permanecia mirando sin ver lo que tenia delante de sí, pues todas sus facultades se hallaban concentradas en los pensamientos que le asaltaban la mente...

Levantóse de la mesa sin probar bocado y se puso á dar paseos por el cuarto con las manos en los bolsillos, la vista baja, y el aire preocupado y sombrío del que padece íntimos dolores.

La criada que entró para quitar la mesa viéndola en el mismo estado que le habian dejado, se aventuró á preguntarle:

—No come V., señor?

Tan preocupado se hallaba Juan de Silva, que fué preciso que la criada repitiese la pregunta para que él la oyera y viese.

Nada mas quiero, puedes llevártelo todo, respondió aquel contrariado é impaciente.

La criada comprendió que no era ocasion de hacer observaciones, y levantando en silencio la mesa, se marchó sin replicar palabra.

Juan de Silva cansado de pasear y fatigado por la lucha interior que lo agoviaba, sentóse como anonadado y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Asi trascurrió un breve rato, uno de esos momentos en que la mente haciendo como quien dice una pausa, duerme ella mientras que nosotros aparecemos despiertos.

De repente, despertando como sobresaltado, levantóse, fué á uno de sus baules, buscó una cartera, la abrió, sacó de ella una sortija de plata, y al contemplarla con los ojos fijos, lágrimas furtivas le arrasaban las órbitas hasta desprenderse y rodar por sus mejillas.

Aquel anillo que tenia dos corazones en relieve, era el mismo que Inés le habia regalado la víspera de su casamiento, y que él llevaba en el dedo en la ocasion del naufragio. Aquella sortija era la única prenda que le restaba de su tiempo de pescador en la Puebla.

—Muy culpado he sido, decia, pero el castigo no es inferior á la culpa.

Hice traicion á Inés para casarme con María, y Dios al llamar esta para sí dejóme solo en el mundo para sufrir el martirio de ver á aquella esposa de otro, sin poder decirle siquiera que vivo aun, y que vivo para sufrir la pena de mi crímen.

Cansado, rendido de una lucha tan pertinaz se recostó vestido sobre el lecho, despues de haberse puesto la sortija en el dedo del corazon, como para imponerle á este el castigo de una penitencia incesante decontinuos re-

mordimientos, por haber dominado la razon que tantas veces le habia aconsejado retroceder ante el delito. Sin desnudarse ni poder conciliar el sueño pasó toda la noche.

Por la mañana estaba no tan solo pálido, sino doliente.

Entre los muchos recuerdos que le asaltaron durante el insomnio, habia formado el proyecto de emprender un viaje por el Miño, á fin de encontrar un lenitivo á sus dolores.

Mandó por un billete de la diligencia que debia salir para Braga, y aquel mismo dia salió de Oporto.

Una vez en Braga, no pudo resistir al deseo que tenia de ver el suelo donde pasó la infancia, la tierra en donde corrieron los mejores dias de su vida.

Fué á la Puebla.

Todo le parecia allí en el mismo estado en que quedára cuando de ella partió, sin preveer siquiera que solo habia de volver al cabo de cuatr loustros.

No se dió á conocer á nadie, mas no descuidó sus amigos pescadores, distribuyéndoles beneficios con profusion.

Su primer cuidado fué visitar la cabaña que habitára con su abuelo la cual encontró reedificada, y la casa donde recibiera las primeras caricias del amor conyugal. Erale bastante conocido aquel albergue, y á su vista no podia menos de contemplarlo con éstasis, pues tantos recuerdos le asaltaban en tropel, que solo las lágrimas podian servir de lenitivo á sus pesares.

De la puebla fué á la aldea donde habia vivido con el sacerdote á quien debiera su educacion, y en la que habia conocido á su Inés.

Los padres adoptivos de esta habian fallecido hacia mucho tiempo y aquellos á quienes mas amistad profesara, unos habian marchado á otras aldeas, y otros ya no pertenecian á este mundo.

El antiguo pescador, que ahora volvia opulento como Cresso, al volver á la aldea donde ya nadie se acordaba de él, lo primero que hizo fué entrar en la iglesia y rezar sobre el sepulcro del digno sacerdote, su protector y amigo, á la memoria del cual pagó un sincero tributo de lágrimas.

En aquella aldea donde en otros tiempos todo respiraba alegria para él, encontraba ahora un sello de monótona melancolía, que armonizaba perfectamente con el estado de su espíritu. Recorriendo los sitios que le eran tan peculiares, y que le despertaban tantos recuerdos de felicidad, suspiraba y sentíase tan conmovido, que apenas podia andar. Al salir de la aldea, para volver á la Puebla, no olvidó buscar al párroco y darle cierta cantidad para que hiciese celebrar misas por el alma del cura su antecesor, sin declarar sin embargo los motivos de obligacion que le asistian para así verificarlo.

El párroco era todavia el mismo que tomó posesion del curato á la muerte del que se había encargado de Juan cuando murió el tio Pedro.

De la Puebla fué Juan de Silva á Vjana de Castello, y siempre con el pesar en el corazon, recorrió las principales poblaciones de la provincia del Miño.

Era el invierno, y la vejetacion siempre tan rica en esta provincia, se hallaba desnuda de sus mejores galas. No obstante, son en todo tiempo tan pintorescas las márgenes del Lima y del Miño, que era preciso que Juan de Silva anduviese como andaba tan preocupado de ideas tristes, para no encontrar distraccion viajando por ellas.

En esta escursion invirtió cerca de dos meses.

Decidido á regresar á Oporto para ir desde esta ciudad á Lisboa, y de allí marchar á su casa de Callao de Li-

ma, salió de Braga á caballo, juzgando que este modo de viajar le proporcionaria mas distraccion.

Llegado á Oporto quiso pasar por la calle donde moraba Inés, con la esperanza de que aunque fuera de paso podria verla por última vez antes de su partida para el Nuevo Mundo.

A medida que se aproximaba á la casa, comprimíasele el corazon y sentíase tan convulso, que llegó á recelar no poder sostenerse encima del caballo.

Al llegar á la casa observó que las puertas de la tienda y las ventanas estaban cerradas.

Al observar esta novedad, quedó estupefacto, y no sabia á que decidirse, cuando parando de repente se apeó y fué á preguntarle á un vecino la causa de hallarse aquel establecimiento cerrado.

La respuesta que le dió aquel á quien se dirijió le causó tan fuerte impresion, que una nube le oscureció la vista y estuvo á punto de perder los sentidos.

Segun la declaracion del vecino, José, el marido de Inés, habia sido atacado de una fiebre tifoidea que sucedió á una gastritis, y al cabo de siete dias habia dejado de existir á pesar de todos los medios empleados por los mejores facultativos para combatir la enfermedad.

Juan Silva sintió su corazon aliviado de un gran peso.

Sin despedirse siquiera del que le habia dado tan feliz nueva, le volvió las espaldas, y montando á caballo atravesó á la carrera las calles que le separaban de su hospederia.

El aire alegre con que entró en ella tan diferente del estado tan triste en que habia marchado, cuando salió para su escursion al Miño, causó sorpresa al criado que lo asistia, que esta vez amoldando su aire al de su amo, se mostró jovial y decidor, sin que Juan de Silva lo notase siquiera.

Este deseo que el criado tenia de conformarse con la disposicion de espíritu que le parecia traducir en las maneras de Juan de Silva se esplica muy bien, atendiendo á que este jamás le tomaba las vueltas del dinero que le entregaba para los gastos.

Luego que el criado le llevó las maletas para el cuarto mandóle salir, y quedándose solo dió espansion á la satisfaccion que esperimentaba.

—Está libre! decia; ahora puedo esperar que me perdone devolviéndome la felicidad que habia perdido.

Torturando su impaciencia y ansiedad, resolvió no presentarse á Inés sin que pasaran los nueve dias de duelo.

Al cabo de ellos salió de mañana de la fonda, y se encaminó á la casa de Inés, que en trage de rigoroso luto y con la tristeza en el rostro estaba en la tienda sentada en una silla, con el brazo apoyado en el espaldar, y la mano en la mejilla.

Al entrar en la tienda un temblor convulsivo agitaba todos sus miembros; en esta segunda entrevista aquel temblor era producido por un efecto muy diferente que cuando vió á Inés por primera vez despues de su larga ausencia.

Al verlo entrar dejó su actitud la desolada viuda, y acordándose de aquel marchante a quien solo habia despachado una vez, pero cuya fisonomía retenia perfectamente en la memoria, levantóse y le colocó sobre el mostrador la misma caja de cuyos cigarros le habia comprado dos meses antes.

Juan de Silva no sabia como entablar conversacion. Todo cuanto habia estado meditando en dos dias consecutivos se le habia olvidado instantaneamente. Sin embargo, le mostró su sentimiento, dándole el pésame por la pérdida que habia esperimentado.

No dejó de causarle estrañeza á Inés el que un desconocido como parecia Juan se hallase enterado de sus infortunios. Así es que no pudo por menos de preguntarle cómo habia llegado á su noticia.

—Por una casualidad, respondió él. Hace unos cuantos dias que pasando por esta calle ví salir un féretro de vuestra casa, y preguntándole á un vecino quién era la persona que habia fallecido, me contestó que vuestro marido: así como tambien me dijo no era la primera vez que enviudábais.

—Efectivamente, es la segunda desgracia que me sucede, dijo Inés enjugándose una lágrima. Veo que estais bien informado, y os agradezco el interés que parece os inspira mis infortunios. Oh! Y si supierais cuán grandes son! A lo menos mi José murió en su cama asistido de su familia. Pero mi primer marido..... es una historia muy triste.....Hace ya veinte años que sucedió, y todavia no ha podido el tiempo borrar de mi corazon el gran pesar que me causara. A todas horas veo el bote que le separó de mí para darle sepultura en las aguas del irritado Océano.

Y hablando así, en el rostro de la pobre viuda se pintaba la consternacion.

—Y teneis la certeza de que vuestro marido murió?

—Ojalá no la tuviera!—Pero si todos no estuviesen convencidos como yo, no me hubiesen dado la fé de viuda. De la tripulacion que le acompañaba solo dos hombres se salvaron, y ninguno de ellos era mi Juan.

—Y nunca os pasó por la idea que segun se salvaron por milagro aquellos dos marineros, pudo salvarse Juan tambien?

—Nunca! Si él viviese dejaria pasar veinte años sin darme noticias suyas?

—Y si por un arcano incomprensible se hubiera visto

obligado á ocultar su existencia todo ese tiempo?

—Imposible! El mucho amor que me tenia le hubiera obligado á buscarme.

—Sin embargo.....

—No os canseis, caballero. El mar no devuelve sus víctimas, y si lo hace, las arroja ya cadáveres á las playas.

—Pero si yo os asegurara que vive?....

—No os creeria.

—Y si os diera pruebas?.....

—No puede haberlas.

—Veis esta sortija?

—Dios mio! Esta sortija es la misma que yo le habia regalado.

—Veis esta señal? Y levantándose la manga del paletó le mostró una señal que tenia en el brazo hecha con una aguja y en la que se leia el nombre de Inés.

A la vista de tales pruebas ya no pudo dudar, y dando un grito ahogado cayó desvanecida.

—Juan D'Silva saltando por cima del mostrador la cogió en brazos y pidió á gritos socorro.

A las voces acudieron los criados y los niños Juan y María, los que prorumpieron en llanto viendo á su madre desmayada.

Inés volvió en sí, y vió á su marido que se habia arrodillado al pié de ella, y que le demandaba perdon con un lenguaje mudo pero elocuente. Ella le apretó la mano, y levantándose lo obligó á levantarse tambien. Ordenó á una criada que se quedase en la tienda, y subió con Juan y sus hijos al interior de la casa.

Allí le relató éste con verdaderas lágrimas de arrepentimiento cuanto le habia ocurrido desde la noche del naufragio, sin ocultarle nada. Al concluir su narracion, de rodillas y basándole la mano, pedia que le perdonase.

—Perdóname, Inés mia, que bien castigado he sido por el mal que te hice. Soy rico, muy rico, y si es verdad que las riquezas dán la felicidad, todavia podemos ser dichosos. Tus hijos lo son mios, y ya solo la tumba nos podrá separar.

Y abrazaba á los niños con ternura mientras que arrodillado esperaba su sentencia.

Inés no podia hablar: la emocion y el gozo le tenian embargada la voz; pero al levantarlo se arrojó en sus brazos, y compartiendo sus caricias entre él y sus dos hijos, formaban todos cuatro un cuadro de familia, digno de ser trasladado al lienzo por el primer pintor de nuestra época.

Dos meses despues de estos acontecimientos, la nueva familia se hallaba instalada en Lisboa en el Hotel de los Infantes. Allí permanecieron algun tiempo, hasta que embarcaron para Callao de Lima, donde viven hoy contentos y en la opulencia.

FIN.

BIBLIOTECA DIGITAL JUAN MARTINEZ DE CASTRO

Fé de erratas.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
9...	16...	entre cortadas.	entrecortadas.
23...	20...	apoderado.	operado.
31...	1.ª..	New Yok.	New York.
34...	3...	Calldo de Lima.	Callao de Lima.
Id...	4...	recclara.	recelara.
Id...	6...	á los medios.	de los medios.
Id...	20...	llonos.	llenos.
45...	18...	cuatr loustros.	cuatro lustros.

BIBLIOTECA PÚBLICA ALMERIA

RECUERDOS DE UN MILITAR.

FRAGMENTOS

de una leyenda histórica

POR

DON JOSÉ M. LEON NIETO.

BIBLIOTECA DE
N.º 951
JUAN A. MARTÍNEZ de CASTRO

BIBLIOTECA PÚBLICA
ALMERIA

ALMERÍA

Imprenta del Eco Mercantil.

RECUERDOS DE UN MILITAR.

BIBLIOTECA PÚBLICA
ALMERÍA

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Verás otra Aurora de rostro beleicero,
recuerdo que acaso vinisle á evocar,
y oirás las hazañas del jóven guerrero...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Y corrí los azares de la guerra,
venciendo á veces, otras retirando;
y con mi sangre enrojecí la tierra,
siempre en pró de mi causa batallando.

. . . . . .
. . . . . .

En una tarde del crudoso invierno
por la sierra de Burgos caminaba,
que su nieve y su cierzo sempiterno
á nuestra faz con ímpetu arrojaba.

BIBLIOTECA PUBLICA ALMERIA

RECUERDOS DE UN MILITAR.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Verás otra Aurora de rostro hechicero,
recuerdo que acaso viniste á evocar,
y oirás las hazañas del jóven guerrero...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Y corrí los azares de la guerra,
venciendo á veces, otras retirando;
y con mi sangre enrojecí la tierra,
siempre en pró de mi causa batallando.

. . . . . .
. . . . . .

En una tarde del crudoso invierno
por la sierra de Burgos caminaba,
que su nieve y su cierzo sempiterno
á nuestra faz con ímpetu arrojaba.

De pronto el huracan entre su estruendo,
confuso á nuestro oido ejercitado,
nos trajo el eco del clarin tremendo,
si bien alentador para el soldado.
«¡Alerta, mis ginetes! Avancemos!
¿Escuchais la señal de la victoria?...
Nuestros miembros helados caldeemos
luchando en pró de inmarcesible gloria.
¡Viva la Reina!» «¡Viva!» Contestaron
cien voces á la mia en son guerrero,
y los brayos corceles relincharon
en ademan asaz gallardo y fiero.
No fué preciso usar del acicate,
que el son reconociendo por instinto,
con fiereza volaron al combate,
la fraccion á arrollar de Cárlos quinto.
Veloces el espacio atravesamos;
del monte á la llanura descendimos,
y una pequeña aldea divisamos
que envuelta en humo y llamas descubrimos.
De la campana el fúnebre tañido
con su lengua de bronce demandaba
socorro por el mundo no atendido,
socorro que del cielo recababa.
Ya nadie se acordó del enemigo,
que obrando con infamia y vilipendio,
ademas del botin llevar consigo,
usó el medio mas vil, el del incendio.
Para apagar pronto el fuego
dadas las disposiciones,
corrieron mis campeones
su deber á ejecutar.
Y buscando los apresto
hallamos francas las puertas,

que derrumbadas ó abiertas
nos vinimos á encontrar.
El lugar desierto estaba,
pues sus pobres moradores,
por evitar los rigores
del enemigo traidor,
hoyeron en desvandada
á los pueblos comarcanos,
buscando entre sus hermanos
un refugio salvador.
Tan solo hallóse en la aldea
una anciana desvalida,
que en triste lecho tendida
daba pena y compasion,
la cual con fuerza magnética
toda inerte valanceaba,
y al bronce asi traspasaba
la angustia del corazon.
Su demacrado semblante
por cien arrugas cortado
y en llanto y sudor bañado,
marcaban tal padecer,
que el pecho mas duro y fuerte,
el hombre mas depravado,
al ver tan mísero estado
se habia de conmover.

Volvió hácia nosotros sus húmedos ojos,
y allá entre sollozos, con trémula voz:::
«Calmad mi amargura: mirad los enojos
que el alma me hieren con dardo feróz»
—«Qué causa...»-Mi hija mi Aurora adorada
que al verme impedida no quiso escapar,
por esos cobardes soldados robada,
su casta pureza verá marchitar.»

«Muger, no desmayes. El Dios justiciero
que el brazo atajara del fuerte Abraham,
habrá de mostrarme sin duda el sendero
que salve su honra, que calme tu afan.
Adios.» Y montando mi overo africano
ligero cual garza, cual las auras leve,
seguí por la senda marcada en el llano
que el casco ferrado trillara en la nieve.
Los fuertes hijares hiriendo del bruto
sin tregua ni pena, corriendo al azar,
avanzo y avanzo; mas siempre sin fruto,
que el fin de mi empresa no puedo lograr.
El vasto horizonte que alcanza mi vista,
cascadas sin curso de limpio fanal,
praderas informes que admira el artista,
helados arroyos de terso cristal,
añosas encinas, lindas madroñeras
mostrando su fruto color carmesí,
al pasar veloces, al cruzar ligeras,
fantasmas parecen huyendo de mí.
El viento en su empuje repele distantes
vellones de nieve que impulsa á rodar,
y en medio las masas de armiños flotantes
distingo uno negro girando á la par.
Y allá tras las nubes el sol declinando
anuncia la noche y aumenta mi afan;
mas yo siempre al norte mi rumbo guiando,
imito al acero si busca su imán.

La naturaleza toda
sufrió tan súbito cambio
cual se mudan á la vista
los telones de un teatro.
A los vientos bramadores,
á los compactos nublados

sucedió un limpio horizonte,
y un céfiro dulce y blando.
La luna domina y reina
sobre los lucientes astros,
y derrama bondadosa
sus rayos en el espacio.
Dirijo la vista al cielo
sorprendido y admirado,
y al bajarla hácia la tierra
otro fenómeno alcanzo.
El punto negro y pequeño
gigantes formas tomando,
me mostró bien claramente
dos bultos sobre un caballo.
Era un húsar de Arlaban,
la capa al aire flotando,
y á su cintura oprimido
un querube desmayado.
Por entre sus albas sayas
dibujábanse escorzados
dos piés, que envidia serian
en el suelo gaditano.
Larga crencha de cabellos
cual venturina dorados,
entrevelaban un rostro
de finísimo alabastro.
Rostro que sin duda hubieron
en su mente idealizado
Rafael, para su Venus;
para su vírgen, Ticiano.
Veíase en lontananza
un castillo feudatario
de almenas reconstruidas,
de muros aportillados,

cuyas torres ostentaban
el pendon enarbolado
que en ellas alzado habian
los secuaces de D. Carlos.
—¡Alto en nombre de la Reina!
¡Hay cuartel! ¡Alto, malvado!
Mas solo á mi voz responden
los ecos en el espacio,
mientra el robador maldito,
su corcel espoleando,
iba ganando terreno
con esfuerzos sobrehumanos.
El mio casi desmaya:
de sus hijares rasgados
la sangre brota en raudales
que van el suelo regando.
—¡Maldicion!.... Malogradas mis fatigas
veré en un punto, que el traidor avanza,
y acudirán las fuerzas enemigas
é impotente será mi dura lanza!
¡No hay mas remedio! El robador perezca!
Si otra víctima exije el Dios airado,
en su presencia al menos que aparezca
tan pura como el ser que la ha creado.
Vírgen ó muerta deberé entregarla:
rayo esterminador mi brazo sea
que la pueda salvar ó asesinarla,
y esta contienda terminada vea.»
Con fuerte mano y voluntad mas fuerte
disparé una pistola con tal tino,
que fué á llevar al robador la muerte,
fiel mensagera de su aciago sino.
Y cayó en tierra: y tras de sí llevara
agarrada con fuerza convulsiva

la yerta jóven que el Señor salvara,
y despues de él mi diligencia activa.
Yo la cojí como reliquia santa
que mano aleve de su altar quitó,
y la voz anudóse en mi garganta,
y la sangre en mis venas se inflamó.
Y en delirio febril arrebatado
volví al lugar con mi preciosa carga;
é hice latir su corazon helado
traspasándole el fuego que me embarga.
Y sin vestigios de intencion liviana
le dí mi aliento y reanimé su ser.
Cuando la vírgen entregué á la anciana
sentí el pecho oprimido de placer.
Placer que no es posible definir,
que en llanto me arrobó de dulce calma,
al ver entre sollozos repetir....
—¡Madre del corazon!... —¡Hija del alma!

BIBLIOTECA DE
JOSÉ MARTINEZ DE CASTRO

LA CARTERA.

NOVELA

original de la

SEÑORITA

DOÑA ROGELIA LEON.

BIBLIOTECA PÚBLICA
ALMERIA

ALMERIA

Imprenta del Eco Mercantil

LA CARTERA.

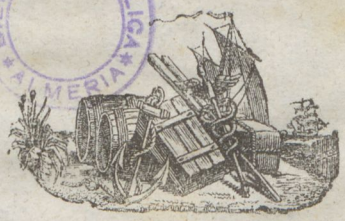
NOVELA

original de la

SEÑORITA

DOÑA ROGELIA LEON.

BIBLIOTECA PÚBLICA ALMERIA



ALMERIA

Imprenta del Eco Mercantil.

BIBLIOTECA PÚBLICA
ALMERIA

BIBLIOTECA PÚBLICA
ALMERIA

BIBLIOTECA PÚBLICA
ALMERIA